

El espejo roto. Una polémica sobre la obra de Alejandro de Humboldt en la Venezuela del siglo XIX

MANUEL LUCENA GIRALDO (*)

SUMARIO

1.—Introducción. 2.—Humboldt y Bolívar, unidos en el altar de los símbolos. 3.—El espejo roto. La frontera entre Venezuela y Brasil y la crítica del viajero Francisco Michelena a la obra de Alejandro de Humboldt.

RESUMEN

Uno de los problemas más graves a los que tuvieron que hacer frente los Estados nacionales americanos, en lento trance de edificación durante el siglo XIX, fue el de la carencia de instituciones científicas. Estas fueron apoyadas, desde el punto de vista ideológico, con la creación de una nueva mitología científica. En el caso de Venezuela, el culto bolivariano se correspondió en lo científico con la devoción incontestable por la vida y la obra del sabio alemán Alejandro de Humboldt. Este panorama de aceptación general se rompió en 1867, cuando un viajero y político, Francisco Michelena, realizó una fuerte reprobación a la obra humboldtiana por sus «contradicciones» respecto a la frontera venezolana con Brasil. Contestado a su vez por el positivista Adolfo Ernst, la polémica entre ambos personajes nos muestra la estrecha relación entre la construcción nacional y la búsqueda y creación de mitos políticos y científicos en la América del siglo XIX.

1. INTRODUCCIÓN

Uno de los problemas más graves a los que tuvieron que hacer frente los Estados nacionales americanos, en lento trance de edificación durante el siglo XIX, fue el de la carencia de instituciones científicas. Si el final del tiempo ilustrado se había caracterizado por la reducción relativa de la distancia científica y técnica entre ambas orillas del Atlántico, entre América y

Fecha de aceptación: 4 de noviembre de 1991.

(*) Departamento de Historia de América. Centro de Estudios Históricos-CSIC. C./ Duque de Medinaceli, 6. 28014 Madrid.

DYNAMIS

Acta Hispanica ad Medicinae Scientiarumque Historiam Illustrandam. Vol. 12, 1992, pp. 73-86.
ISSN: 0211-9536

Europa, la guerra de independencia y los conflictos civiles posteriores acabaron por destruir algunos de los logros científicos más notables, dispersar o liquidar físicamente a la comunidad científica y enajenar en aras del esfuerzo bélico recursos básicos para su sostenimiento.

Pasado el vendaval de la guerra, se hizo necesaria la determinación de dos cuestiones fundamentales. En primer lugar, se debía decidir cómo se iba a articular la ciencia con el nuevo modelo de Estado, y secundariamente había que hacer una relectura de la tradición científica, una crítica del legado colonial, que debía optar por su asunción, su adaptación, su rechazo o su reinención (1). En el caso de Venezuela, uno de los países que pagó un precio más elevado de destrucción por su libertad política, a pesar de que la relación ciencia-Estado no se empezó a determinar hasta la segunda mitad de siglo, se realizó un repudio generalizado del pasado colonial (2). La carencia de referentes científicos se evitó, en un proceso fuertemente ideologizado que se asoció íntimamente con la creación de la mitología nacional, con la conversión en artículos de fe política de la obra de algunos hombres de ciencia europeos. El caso del viajero y geógrafo Alejandro de Humboldt es especialmente importante. El gran sabio alemán, mucho más modesto que sus biógrafos, fue objeto de un culto extraordinario —sólo comparable al dispensado a los héroes de la patria— mientras sus juicios eran convertidos en argumentos de autoridad. Obviamente, el caso venezolano no fue único. Mientras las armas republicanas libraban sus últimas batallas, las delicadas obras científicas de Humboldt se difundían en la prensa europea creando un estado de opinión favorable a la inversión, justo en el momento en que la nuevas repúblicas estaban acudiendo al crédito exterior. La difusión de la ciencia, en fin, se asoció a la burbuja especulativa que marcaría el desarrollo económico latinoamericano durante buena parte del siglo (3).

La formación cultural de la Venezuela independiente asumió el paradigma científico europeo y presidió sus juicios con un rotundo y casi incuestio-

-
- (1) Vid. OBREGÓN, Diana (1991). La sociedad de naturalistas neogranadinos o la invención de una tradición, *Ciencia, descubrimiento y mundo colonial*. (En prensa).
- (2) ZEA, Leopoldo (1988). *Discursos desde la marginación y la barbarie*. Barcelona, Ed. Anthropos, pp. 242 y ss. trata el problema de la creación científica «desde la barbarie y la civilización».
- (3) Vid. JONES, Calvin (1973). The Spanish-American works of Alexander von Humboldt as viewed by leading British periodicals. *The Americas*, 30 (2), pp. 442 y ss. y DAWSON, Frank Griffith (1990). *The London 1822-25 loan bubble: the first Latin American debt crisis*. Londres, Yale Univ. Press.

nable sentido eurocéntrico (4). Se difundió así una percepción ahistórica de la cultura y la ciencia venezolanas, en la cual la comparación con los pueblos culturalmente «maduros» en una perspectiva presente-pasado traía un instante de «iluminación», gracias al cual se legitimaba la oligarquía que pugnaba por rescatar a la nación de la barbarie.

El atraso y la precariedad fueron las notas distintivas de la ciencia venezolana hasta la definitiva instrumentación del proyecto nacional, intentada por primera vez entre 1864 y 1877 (5). El asentamiento en el país de científicos europeos, especialmente tras el final de la guerra federal (1863) permitiría contar en este período con personal bien preparado. La *regeneración* de la nación venezolana se mostrará como el proyecto coherente que, de la mano de Antonio Guzmán Blanco, presidente en tres ocasiones entre 1870 y 1888, garantice el desarrollo de la comunidad científica nacional. Mitos políticos y científicos acabarán por cruzarse en la construcción ideológica de la Venezuela regenerada, hasta quedar íntimamente unidos. Había llegado la hora, por tanto, de reunir a Humboldt y Bolívar.

2. HUMBOLDT Y BOLÍVAR, UNIDOS EN EL ALTAR DE LOS SÍMBOLOS

El propio libertador Simón Bolívar dejó como legado a la Venezuela independiente buena parte de las líneas maestras sobre las que se articuló la construcción simbólica de la nación. Para empezar, el culto a los héroes de la independencia se confundió con la creación de la conciencia nacional, de modo que la comunión con la patria fue equivalente al respeto a los padres fundadores (6). Para Bolívar, el rechazo al pasado servil era la base sobre la que se debía establecer la refundación nacional de América:

«Nada saben los americanos del gobierno, las milicias, las finanzas, el comercio, la cultura. Todo lo que saben es cómo actuar servilmente en todos estos campos. Libres, los americanos no tienen otra posibilidad que la de improvisar [...] Pasar de la servidumbre a la libertad, un paso que la

(4) CARRERA DAMAS, Germán (1988). *El Dominador Cautivo*. Caracas, Ed. Grijalbo, p. 29.

(5) *Ibidem*, p. 120.

(6) *Vid.*, los esclarecedores ensayos de CASTRO LEIVA, Luis (1991). *De la patria boba a la teología bolivariana*. Caracas, Ed. Monte Ávila.

Europa ha dado a lo largo de varios siglos, ha de ser dado en América en días, semanas, meses y cuando más en años» (7).

La tradición de oscurantismo colonial era la culpable del rechazo de la modernidad, la civilización y el progreso. El chileno Francisco Bilbao señaló: «Nuestro pasado es la España. La España es la Edad Media. La Edad Media se componía en alma y cuerpo del catolicismo y la degradación. Esclavitud, degradación... he aquí el pasado» (8). La carencia de experiencias positivas en el pasado, llevó, según sigue indicando Bolívar, a que la independencia haya sido lograda por pueblos incapaces de formar naciones:

«Al desprenderse la América de la monarquía española se ha encontrado semejante al imperio romano, cuando aquella enorme masa cayó dispersa en medio del antiguo mundo. Cada desmembración formó entonces una nación independiente conforme a su situación e intereses» (9).

Ante tal situación, la unidad política de las diferentes naciones libres apareció como la única fuerza capaz de oponerse a la anarquía y a la esclavitud. El sombrío estado de ánimo de Bolívar es patente en estas palabras, escritas poco antes de su muerte:

«Primero, la América es ingobernable para nosotros; segundo, el que sirve a una revolución ara en el mar; tercero, la única cosa que puede hacerse en América es emigrar; cuarto, este país caerá infaliblemente en manos de la multitud desenfadada, para después pasar a manos de tiranuelos casi imperceptibles de todos colores y razas; quinto, devorados por todos los crímenes y extinguidos por la ferocidad, los europeos no se dignarán conquistarnos; sexto, si fuera posible que esta parte del mundo volviera al caos primitivo, éste sería el último período de América» (10).

Es importante señalar que, en el campo científico y técnico, Bolívar impulsó un intento de institucionalización científica que fue apoyado sin reservas por el vicepresidente de la Gran Colombia Francisco de Paula Santander. El químico peruano Mariano de Rivero, el fisiólogo Francisco Roulin, el ingeniero y químico Juan Bautista Boussingault, el naturalista Justin Gou-

(7) ZEA, Leopoldo (comp.) (1980). *Pensamiento positivista latinoamericano*. Caracas, Ed. Monte Ávila, p. XIII.

(8) ZEA, Leopoldo (1980), *op. cit.* en nota 7, p. XXI.

(9) ZEA, Leopoldo (1980), *op. cit.* en nota 7, p. XIII.

(10) ZEA, Leopoldo (1980), *op. cit.* en nota 7, p. XVII.

dot y el ingeniero y matemático hispanomexicano Jose María de Lanz fueron contratados para trabajar en un Museo de Ciencias Naturales, el Observatorio Astronómico bogotano y trazar diversos mapas del territorio, pero la falta de recursos impidió que el proyecto cuajara en toda su magnitud (11). En la década de los treinta, también se frustró el intento de institucionalización científica organizado alrededor de la figura de Agustín Codazzi, que acabaría por trasladarse a Colombia.

A partir de 1863, cuando Venezuela entra, como hemos indicado, en una etapa de reconstrucción nacional, se vuelven a plantear las relaciones entre la ciencia y el Estado. Su vinculación se estrechó de manera muy significativa a partir de 1870, durante el primer mandato de Guzmán Blanco. Éste promovió decididamente el culto a la figura de Bolívar, pero además, consciente de la importancia de la ciencia como parte de su *proyecto civilizador*, impulsó la admiración por la figura y la obra de Alejandro de Humboldt, que como se recordará había visitado Venezuela a comienzos de siglo. La función cumplida por la cultura intelectual, científica y artística en el marco de la estructura de poder interna del mandato regenerador resulta absolutamente evidente; características de las nuevas orientaciones fueron la tendencia a la identificación con paradigmas (obviamente euro-occidentales y blancos), y una suerte de propensión a la novación «en el sentido de apertura casi inconsulta a todo género de proposiciones culturales en detrimento de las existentes» (12). En el mundo de la construcción simbólica del Estado —fundamental para Guzmán Blanco, que promovió un exagerado culto a su persona y se hacía llamar *el ilustre americano*— la etapa bolivariana apareció como el antecedente político directo del nuevo orden, mientras Humboldt se constituyó en la figura legitimadora de las nuevas tareas científicas, básicas para la *regeneración nacional*.

La modernización positivista de Venezuela auspiciada por Antonio Guzmán Blanco unió así, en el altar de los símbolos, a Bolívar y a Humboldt, a la política con la ciencia, dando lugar a un interesante proceso de *relectura* de las relaciones personales de ambos héroes (13). En el proceso de mitologización de Humboldt se comenzó por la invención de su vocación americanista

(11) ARENDS, Tulio (1987). Bolívar y los científicos, *Quiju*, 4 (2), pp. 167 y ss.

(12) CARRERA DAMAS, Germán (1988), *op. cit.* en nota 4, pp. 17 y ss.

(13) Sobre las características del positivismo venezolano es imprescindible el artículo de HARWICH VALLENILLA, Nikita (1990). Venezuelan positivism and modernity, *Hispanic American Historical Review*, n.º 70-2, pp. 327 y ss.

—que es fruto de la casualidad, según Charles Minguet, el mejor conocedor de esta etapa— (14). A continuación, la vinculación de Humboldt y Bolívar se interpretó en términos de amistad delirante cuando lo cierto fue que las relaciones de ambos héroes habían sido «distantes, flácidas y muy discontinuas» (15).

Buena muestra de ello es lo escaso de su intercambio epistolar; sólo se conocen dos cartas de Bolívar a Humboldt que datan de 1821 y 1826 y tres de Humboldt a Bolívar, fechadas en 1822 y 1825 (16). A pesar de que el libertador expresó su profunda admiración por el sabio alemán, necesitado como estaba de prestigio e influencias en el Viejo Mundo, aquél lo consideró un hombre pueril e inmaduro y entre 1804 y 1821 no estableció contacto alguno. Sólo en 1853, ya al final de su vida, Humboldt reconoció ante el antiguo edecán del libertador, el irlandés O'Leary, que se había equivocado al subestimarle.

La creación de la mitología nacional siguió, por supuesto, su propio camino. Según una versión que se repetirá continuamente aún en nuestro siglo, en el encuentro entre ambos héroes que tuvo lugar en los salones de París en 1804 Bolívar habría participado a Humboldt su plan de liberación continental. El sabio habría respondido: «Creo que vuestro país ya está maduro; pero no veo al hombre que podría llevar a cabo ese proyecto» (17). La versión más delirante de las relaciones entre ambos sitúa a Bolívar como acompañante de Humboldt en su ascensión al Vesubio de 1805, lo que cronológicamente fue imposible (18).

Tras la invención de la vocación americanista en Humboldt —que funciona como un mecanismo paternal y eurocéntrico de legitimación de la oligarquía que lucha por sacar a la nación de la barbarie— y unir en la simbología patria los mitos del conocimiento y del poder político con la relectura (adecuación) de la relación personal Humboldt-Bolívar, el tercer y último

(14) MINGUET, Charles (1985). *Alejandro de Humboldt, historiador y geógrafo de la América española (1799-1804)*. T. I, México, UNAM, pp. 107 y ss. Sobre aspectos más generales consultar la monumental biografía de BECK, Hanno (1971). *Alexander von Humboldt*. México, FCE.

(15) MINGUET (1985), *op. cit.* en nota 14, p. 330. La correspondencia entre A. de Humboldt y S. Bolívar se puede consultar en HUMBOLDT, Alejandro de (1980). *Cartas Americanas*. Caracas, Ed. Monte Ávila, pp. 115, 220 y 266.

(16) MINGUET (1985), *op. cit.* en nota 14, pp. 327 y ss.

(17) MINGUET (1985), *op. cit.* en nota 14, pp. 328.

(18) MINGUET (1985), *op. cit.* en nota 14, p. 330.

paso fue la propagación en el sistema educativo y el universo simbólico nacional del nuevo referente. Bolívar, Humboldt, Guzmán Blanco, su «equipo» de científicos positivistas. El camino hacia el futuro estaba, por fin, despejado.

3. *EL ESPEJO ROTO. LA FRONTERA ENTRE VENEZUELA Y BRASIL Y LA CRÍTICA DEL VIAJERO FRANCISCO MICHELENA A LA OBRA DE ALEJANDRO DE HUMBOLDT*

Uno de los aspectos en los que la construcción del Estado nacional americano se manifestó más llamativamente fue el territorial. La relación nación-territorio se debía concretar tanto en un plano externo —con el reconocimiento internacional de las propias fronteras— como interno —con la integración del espacio y el pacto con los poderes regionales o su aniquilación—.

La definición fronteriza de Venezuela —todavía hoy irresuelta— muestra grandes discontinuidades históricas. Tras los intentos de llegar a acuerdos limítrofes de la época de la Gran Colombia, se asistió a la frustración del Tratado Michelena-Pombo (1843) con Colombia, la firma de un Tratado con Brasil (1859), el discutido laudo español entre Colombia y Venezuela (1891) y la pérdida de la Guayana Esequiba a manos de Gran Bretaña (1896) (19).

En el caso de la delimitación con el Imperio del Brasil, apareció una muestra de profunda disonancia con el legado humboldtiano a Venezuela que rompió por primera vez con el clima de culto monolítico a la figura y la obra del sabio alemán. El personaje que osó criticar a Alejandro de Humboldt fue el autodenominado «viajero universal», Francisco Michelena y Rojas. Nacido en Maracay en 1801, de padre vasco y madre criolla, fue miembro de una de las familias más importantes de la Venezuela del siglo XIX. Su trayectoria vital fue muy singular; a los 20 años (una vez finalizada la guerra de independencia, que pasó cómodamente instalado en las Antillas) empezó a viajar por el mundo impulsado por lo que definía como «la loca pasión por conocer otros países, otros hombres, otras costumbres» (20).

(19) Vid. GONZÁLEZ OROPEZA, Hermann; DONIS RÍOS, Manuel (1989). *Historia de las fronteras de Venezuela*. Caracas, Cuadernos Lagoven.

(20) Vid. GRASES, Pedro (1981). *Obras Completas*. T. 6, Barcelona, pp. 346 y ss. sobre aspectos biográficos de Michelena.

A los 24 años Michelena se inició en la diplomacia como secretario de la representación de la Gran Colombia en Lima. Trasladado a México en 1829 como «agente confidencial», sufrió la pérdida de sus documentos personales:

«Los pasaportes que faltan desde 1822 hasta 1826 se perdieron en México en 1829 en una revolución habida en aquella capital denominada de «La Acordada», de resultas de la cual parte del populacho saqueó los principales establecimientos públicos, inclusive el hotel en el que se encontraba alojado el que suscribe» (21).

Finalizada su comisión con la disolución de la Gran Colombia, Michelena dio plena satisfacción a su pasión por los viajes. En 1843 afirmó que ya había dado la vuelta al mundo y recorrido los cinco continentes. Sus viajes fueron recogidos a partir de 1842 en cuadernos por entregas que se publicaron en Caracas y se reunieron en su libro *Viajes científicos en todo el mundo desde 1822 hasta 1842*, impreso en Madrid al año siguiente (22). A continuación se desempeñó como representante de Ecuador en Francia (1847-48) y entre 1852 y 1853 fue designado enviado extraordinario de Venezuela ante los gobiernos de Madrid y Roma, con el objetivo de resolver los contenciosos sobre reclamaciones de bienes y lograr la firma de un concordato.

A fines de 1853 Michelena recibió la orden de regresar a Venezuela. En 1855 fue designado «agente confidencial» en el Amazonas venezolano, territorio del que fue nombrado gobernador dos años después. Su misión era obtener información sobre la situación regional y recoger datos sobre la frontera con Brasil. Ante el mundo selvático, el voluble y romántico carácter de Michelena superó su estado de «extrañamiento voluntario y perfecta orfandad» y logró abandonar la «manía ambulatoria». El mismo señaló:

«En medio de los bosques, a orilla de un majestuoso río, rodeado de la más gigantesca naturaleza del mundo, sobre una de las grandes cataratas conocidas, un puñado de hombres en medio de las selvas, en donde imperan las fieras como sus legítimos soberanos, separados de la sociedad de su especie por inmensos desiertos [...] aquel cuadro tenía otros encantos para el estado de mi alma, del otro lado ya de la edad de las ilusiones» (23).

(21) MICHELENA, Eduardo (1965). *Vida caraqueña*. Madrid, Talleres Cies, p. 147.

(22) MICHELENA Y ROJAS, Francisco (1843). *Viajes científicos en todo el mundo desde 1822 hasta 1842*. Madrid, Imp. de Boix.

(23) MICHELENA Y ROJAS, Francisco (1867). *Exploración oficial por la primera vez desde el norte de la América del Sur, siempre por ríos, entrando por las bocas del Orinoco, de los valles de este mismo*

A su regreso a Caracas, Francisco Michelena intervino de manera decidida en la alta política venezolana. En ese momento la discusión sobre la firma de un Tratado de límites y navegación con Brasil se encontraba en su apogeo. Era ya un viejo contencioso; en 1826 la Gran Colombia había establecido negociaciones sobre la frontera con Brasil, pero no habían tenido resultado alguno. Iniciadas en 1842 las relaciones diplomáticas, Brasil se mostró empeñado en la resolución del asunto limítrofe, negándose a formalizar otros tratados sin resolverlo previamente.

Según informó Michelena, en 1852 el ministro brasileño en Caracas presentó al gobierno venezolano un proyecto de tratado de límites, pero no lo aceptó una de las Cámaras. Como fue rechazado por segunda vez, los representantes brasileños amenazaron con reivindicar el alto Río Negro hasta la localidad de Yávita, en el río Atabapo, mucho más al norte de lo que el proyecto de Tratado reconocía a Brasil. Con el cambio de gobierno en Venezuela en 1855, el agente brasileño realizó una campaña de opinión que presentaba la firma del tratado como un requisito para la modernidad:

«Caigan pues las barreras que hasta el presente han separado al Brasil de Venezuela [...] junten en uno sus esfuerzos para desarrollarse, poblar y civilizar sus inmensos desiertos, descuajar sus selvas, beneficiar sus minas, cruzar sus ríos» (24).

Pese a la tenaz oposición de Francisco Michelena y otros parlamentarios, en julio de 1860 el Tratado se aprobó con carácter definitivo (25). Quedaba así legalmente modificado el «uti possidetis» de 1810, la base para la determinación de la territorialidad americana a partir de la herencia colonial española, y se aceptaba la tesis brasileña según la cual los Tratados de Madrid (1750) y preliminar de San Ildefonso (1777) firmados por España y Portugal habían quedado derogados tras la contienda peninsular de 1801, la llamada *guerra de las naranjas*. A cambio, Venezuela contaba, por primera vez, con una frontera completa legalmente acordada con un país vecino.

Años más tarde, plenamente dedicado a sus proyectos de integración del

y del Meta, Casiquiare, Río Negro o Guainía y Amazonas hasta Nauta en el Marañon o Amazonas, arriba de las bocas del Ucayali. Bruselas, Imp. Lacroix-Verboeckhoven, p. 306.

- (24) *Documentos relativos a la cuestión de límites y navegación fluvial entre el Imperio del Brasil y la República de Venezuela* (1859). Caracas, Imp. Eloy Escobar, p. 210.
- (25) CORTÉS, Santos Rodulfo (1971). *Antología documental de Venezuela, 1492-1800*. Caracas, Ed. Pregón, pp. 601 y ss.

territorio venezolano impulsando la colonización del Orinoco, Francisco Michelena dió a la luz en Bruselas un libro con un larguísimo título que narraba sus experiencias políticas y exploratorias en el Amazonas venezolano (26). Lleno de resentimiento contra Alejandro de Humboldt por lo que interpretaba como una descarada parcialidad del sabio a favor de Brasil en el asunto limítrofe, Michelena hizo una descarnada crítica de sus trabajos en Venezuela. No hay en él una postura de competencia científica ante Humboldt; su censura es primordialmente política. El propio Michelena reconoció que aunque hubiera querido, no tenía medios para llevar a cabo tareas científicas:

«[El compañía] su personal científico, sin séquito mas que sus sirvientes, los soldados que en ocasiones le acompañaron y la tripulación indígena que llevaba; sin otros instrumentos sino un simple cronómetro de faltriquera, un compás de mar o aguja de marear, una sondaesa y un termómetro» (27).

La finalidad de la publicación de su obra era, primordialmente, informativa, cumpliendo el mandato de los Estados de conocer su territorio:

«No debe pues esperarse el lector ver [...] ningunas disertaciones científicas, sobretudo en ciencias naturales, en que se halla muy distante de pretender ser una especialidad para tratar tales materias, pues su exploración no llevaba este objeto. Encontrará, sí [...] cuanto desee saber respecto a tan casi desconocidas como importantes regiones» (28).

Tras describir distintos aspectos políticos y económicos de Venezuela, Michelena abordó en diferentes capítulos de la obra las cuestiones limítrofes. Lo que llamó «opiniones contradictorias» de Humboldt, que habían perjudicado a Venezuela, eran el natural resultado del trabajo de un hombre poseído por la vanidad:

«Desde que Humboldt pasó los raudales y encontró que había ido mas adelante que sus maestros y guías y que ninguno de ellos lo había atravesado [...] exaltada su imaginación con lo que el creía haber obtenido un espléndido triunfo, le pareció llegar a los límites de la tierra conocida y tocado a la vez los de regiones cuya existencia se ignoraba. Mas no era esto

(26) MICHELENA Y ROJAS (1867), *op. cit.* en nota 23.

(27) MICHELENA Y ROJAS (1867), *op. cit.* en nota 23, p. 27.

(28) MICHELENA Y ROJAS (1867), *op. cit.* en nota 23, p. 28.

sólo; de la extrañeza que le causaba aquel país desconocido sacaba una original deducción, que todo podía ser menos lógico resultado de una libertad que se tomó en un arte que no era de su dominio... tal era la que, por ser una tierra desconocida la que desde allí empezaba, debía pertenecer aquel país al Portugal y no a España, su legítimo señor y dueño» (29).

Frente a las afirmaciones contenidas en el *Viaje a las regiones equinocciales del Nuevo Continente* de Alejandro de Humboldt, publicado por primera vez en 1819 (30), Michelena reivindicó la tradición científica colonial y llamó la atención sobre la imposibilidad material que tuvo el sabio alemán de recoger el volumen de datos que manejó:

«No fue pues aquel viajero ni el primero que visitó el país ni el primer hombre de ciencia que lo recorrió. Todo lo que él hizo, aparte sus trabajos astronómicos y algunos otros en ciencias naturales, no habiendo tenido tiempo, en los 75 días que duró su exploración, ni para defenderse de la picadura de los zancudos, viaje que hizo en menos tiempo que el que echan las embarcaciones de comercio que van y vienen de Angostura, fue dar un vistazo al río y a la floresta; tomar una idea de las principales localidades; recoger en los archivos de la Capitanía General de Venezuela, en los de Quito, Madrid y Lisboa, cuantos documentos y trabajos existían ya hechos; servirse de los trabajos que sobre el país existían de los padres jesuitas y capuchinos; llevarse después todo esto a París y en 18 años que transcurrieron desde su viaje hasta la publicación de su obra confeccionarlos a su modo, según sus intereses, según su fantasía, dando a unos y quitando a otros, como árbitro absoluto de lo que vio y en lo que no vio» (31).

Ese honorable papel arbitral, esa «opinión inapelable en cuestiones de límites» reconocida por las repúblicas americanas a Humboldt es precisamente lo que más disgustó a Michelena, ya que, en su opinión, el sabio alemán había agradecido la generosidad española y americana con una insidia, al decantarse por la pertenencia brasileña del país situado más arriba de los raudales. Lo cierto era que Humboldt había señalado en la edición de sus *Viajes*:

(29) MICHELENA Y ROJAS (1867), *op. cit.* en nota 23, p. 28.

(30) HUMBOLDT, Alejandro de (1985). *Viaje a las regiones equinocciales del nuevo continente*. 5 vols, Caracas, Ed. Monte Ávila, p. VIII.

(31) MICHELENA Y ROJAS (1867), *op. cit.* en nota 23, pp. 317-8.

«Una tierra desconocida comienza mas allá de las grandes cataratas [los raudales de Atures y Maipures]. Es un país en parte montañoso, en parte uniforme, que recibe a una vez afluentes del Amazonas y del Orinoco. Por la facilidad de sus comunicaciones con Río Negro y el Gran Pará, parece pertenecer más bien al Brasil que a las colonias españolas» (32).

Es necesario señalar que esta afirmación de Humboldt sobre la posible pertenencia del país «más allá de las grandes cataratas» está en abierta contradicción con su opinión al respecto en la época de su viaje. En una carta enviada en 1800 al capitán general de Venezuela había indicado:

«Bajamos el río Negro hasta los últimos límites españoles, o hasta la fortaleza de San Carlos, donde encontramos varias embarcaciones portuguesas [...] tuve la fortuna de lograr observaciones que podrán ser algún día de interés para el real servicio. La línea equinoccial debe ser el límite entre las posesiones portuguesas y las de S. M. Católica [...] según el mapa de Surville, publicado de orden del rey por el R. P. Caulín, el fuertecillo de San Carlos se halla verdaderamente en 0° 51 [al norte del Ecuador] y la línea pasa entre San Carlos y la fortaleza portuguesa de San José de Marabitanos. No hay duda que hay equivocación en este punto, y equivocación nociva al gobierno español» (33).

Como se puede observar tras la lectura de ambos testimonios, en la edición de los *Viajes* de 1819 Humboldt ha atemperado la afirmación de la carta de 1800, mucho más favorable a la posesión española —y luego venezolana— del área limítrofe. La explicación podría estar en una posición personal delicada del sabio alemán ante el asunto, ya que hacia 1816 (poco antes de editar los *Viajes*) recibió el encargo de la corte portuguesa de preparar una *Memoria sobre los límites de la Guayana portuguesa* por invitación del Duque de Wellington (34). A pesar de las graves acusaciones de Micheléna contra Humboldt, éste manejó su *contradicción* conextraordinaria habilidad. En 1854, en plena negociación fronteriza, los diplomáticos brasileños acudieron a Humboldt para que corroborara con su incontestable autoridad intelectual su posición negociadora. En esa ocasión, el sabio evitó cualquier afirmación que pudiera ser interpretada como una ruptura de su neutralidad a favor de alguno de los contendientes.

(32) HUMBOLDT (1985), *op. cit.* en nota 30, t. 4, p. 12.

(33) Carta de Alejandro de Humboldt al capitán general de Venezuela (1800). *Biblioteca Nacional* (Madrid), Manuscritos, 19.711-4.

(34) MICHELENA Y ROJAS (1867), *op. cit.* en nota 23, p. 365.

La edición de la *Exploración oficial* de Michelena y Rojas en 1867 tuvo sólo un valor testimonial en lo referente a la cuestión fronteriza, puesto que el Tratado de Límites con Brasil —esa nación que con su *política maquiavélica* absorbía a los Estados colindantes y mantenía cerrado el Amazonas a la navegación para *mejor devorar sus presas*— llevaba ya siete años vigente. La réplica a Michelena no vino, paradójicamente, de Brasil. Adolfo Ernst, futuro protegido de Antonio Guzmán Blanco y fundador de la Escuela positivista venezolana, publicó en el periódico *El Federalista* de Caracas en julio de 1867 tres artículos bajo el título *Alejandro de Humboldt y F. Michelena* (35). Ernst empezó por criticar el largo título de la *Exploración Oficial*, que encontraba «repugnante y estrambótico». La base de su argumentación era que Michelena, desconocedor de la obra de Humboldt, mal podía criticarla. Encontraba asombroso que el *viajero universal* se permitiera criticar el rico volumen de datos de los *Viajes*, ya que «el exacto conocimiento de la naturaleza de un país es la condición *sine qua non* de todo progreso comercial y social en las colonias. Hasta el gobierno español ha comprendido esto algunas veces» (36).

Ernst continuó señalando que Michelena citaba mal a Humboldt, «lo desconoce, no lo comprende». Sus ataques son «despreciables, calumnias, ridículas injurias» (37). El final de los artículos resulta demoledor:

«La *Exploración Oficial*, publicada bajos los auspicios del gobierno de los Estados Unidos de Venezuela y dedicada por su autor al *Antiguo y Nuevo Mundo*, tiene, indudablemente el triste honor de ser lo más infamatorio, aunque también el más miserable libelo contra el sabio que primero exploró científicamente gran parte del país que forma hoy esos mismos Estados Unidos de Venezuela» (38).

La polémica terminó en este punto, ya que Michelena jamás respondió a los ataques de Adolfo Ernst. Sin embargo, resulta extraordinariamente llamativo que los artículos de Ernst no hicieran referencia alguna a la cuestión

(35) Vid. KEY-AYALA, Santiago (1955). *Adolfo Ernst (1832-1899)*. Caracas, Fundación E. Mendoza. Los artículos de A. ERNST (1961) contra la obra de Michelena se pueden consultar en *La doctrina positivista*. t. I, Caracas, Presidencia de la República, pp. 23 y ss.

(36) ERNST (1961), *op. cit.* en nota 35, p. 25.

(37) ERNST (1961), *op. cit.* en nota 35, p. 32.

(38) ERNST (1961), *op. cit.* en nota 35, p. 32. Parece que Michelena no consiguió que el gobierno le reembolsara el coste de la edición, a pesar de lo afirmado por Ernst.

central de los ataques del viajero a Humboldt, su contradictoria postura respecto a la frontera venezolana.

La muerte sorprendería a Michelena en 1872, de modo tan pintoresco y romántico como había vivido; un árbol derribado por la tempestad en el Amazonas le cayó encima, causándole heridas tan graves que falleció. Su obra, tras el enfrentamiento con los positivistas, sufrió un largo período de postergación (39). Pagaba el ataque a los símbolos de la nación con el olvido; como señaló un escritor consagrado al culto humboldtiano:

«Un día a comienzos del siglo décimo nono, lo mismo que suele realizarse entre los astros que surcan el espacio, realizase en un sitio de la lejana Europa una humana conjunción. Son: alguien que bien pudiera calificarse como un sol por su fulgor poderoso e irradiante; y bien pudiera compararse el otro a una estrella cuya magnitud no ha mostrado aún asomos de lo que más adelante habrá de ser. Son Humboldt y Bolívar que se encuentran» (40).

Humboldt y Bolívar, unidos en el altar de los símbolos. Un espejo, el del paradigma humboldtiano, que a pesar de haberse roto ante el curioso *viajero universal* Francisco Michelena no ha decaído en su fuerza y su vigencia.

(39) Hay una reedición reciente de la obra de F. Michelena, que tiene gran interés etnohistórico: ARVELO, Nelly; BIOD, Horacio (eds.) (1988). *Exploración oficial por la primera vez desde el norte de la América del Sur, por Francisco Michelena y Rojas*, Lima, Monumenta Amazónica.

(40) ROJAS, Aristides (1942). *Humboldtianas*. T. I, Caracas, Ed. Cecilio Acosta, p. 138. Sobre la relación de la obra de A. de Humboldt con la construcción de la mitología nacional americana *vid.* PRATT, Mary Louise (1992). *Imperial eyes. Travel writing and transculturation*. Nueva York-Londres, Roudedge Eds., pp. 111 y ss.